

PATRIA ARRIBA. MI OTRO YO AUTOBIOGRAFICO

Luis Javier Hernández Carmona

Patria arriba (1955) de Mario Briceño Iragorry es el encuentro de voces, historias y viajeros que ascienden en medio de cauces simbólicos para buscar el agua originaria que detenta la identidad y posee las respuestas a las interrogantes del ser como individuo y como estancia social. Es una interpretación de la permanente búsqueda del espejo que refleje el rostro en toda su plenitud y un asirse a la literatura como elemento mediador entre la angustia y la respuesta, lo finito y lo infinito. En nuestro caso, la literatura se establece como el procedimiento

artístico que enlaza historia y ficción para referir una intencionalidad: definirse en relación con un otro, reconocerse por medio de símbolos, autodefinirse a partir de una historia particular: «La evocación emocionada que hago en estas páginas no lleva intento alguno de historiar los remotos orígenes de la Villa de Arévalo. Al severo dato atestiguado por la Historia, enredo indocumentada leyenda, sin cuidar en nada de hacer distingos críticos. Mi propósito sólo ha sido alabar la severa tierra castellana de donde procede mi apellido y tomar, a la vez, este homenaje como oportunidad feliz de volver sobre el viejo y desamparado tema de los valores que dan sustancia a las nacionalidades hispanoamericanas». (1) (pág. 307).

Como se advierte en el Exergo, el 'dato' histórico va a ser atravesado por la leyenda, esto es, por la ficción y no por la fidelidad histórica en contar los hechos. Aquí Briceño Iragorri advierte el propósito y justifica de alguna manera la incorporación de Sancho Briceño como actante fundamental en el texto, prefigura la existencia de dos voces que son una sola en los caminos andados por la historia vieja y los por recorrer en la historia nueva: "Hoy, sus palabras reposadas repiten historias legendarias, que parecen sostenidas sobre la propia voz que entona a la distancia el cante grande, en cuyas notas se quiebra el silencio de la noche, olorosa a claveles y jazmines" (pág. 327). Porque en este texto, la escritura comporta un viaje, una aventura que comienza en Latinoamérica y se extiende hasta España en un encuentro entre lo regional y lo universal. Es un viaje a la inversa cuyo punto de partida es el continente hispanoamericano que de alguna u otra forma se manifiesta como región y cumple indudablemente con el precepto bolivariano de 'la patria es América': "En razón de no haber hecho cuenta de la fuerza resistente de dichas bases, tanto el continente hispanoamericano —visto como unidad regional— cuanto nuestro propio país, en valor de pueblo, han sufrido una profunda distorsión" (pág. 307).

Patria arriba, es un viaje que busca los valores tradicionales en completa armonía con lo universal, ahonda en el plasma hispánico como el generador de unidades e identidades en Latinoamérica a partir del mestizaje: “Para defender el mestizaje que da colorido a los nuevos pueblos, úrgenos conocer las raíces de donde arranca la sociedad presente. Españoles, negros e indios se juntaron para formar el soma de nuestras colectividades. De los tres ingredientes, el español aportó los signos cargados de Historia que dieron mayor personalidad a la mezcla y más amplitud de contenido a las sociedades nuevas». (pág. 308). Ya aquí encuentra Briceño Irigorrry su yo autobiográfico colectivo, una vez más, descarta la posibilidad de participación de negros e indios y afianza la supremacía del ancestro español. Totaliza la conjunción de Latinoamérica en una unidad a través de la heredad española que a la postre resultará lo universal regionalizado en América: “Nuestra americanidad impone el estudio y la ponderación del plasma hispánico que la sirve de elemento unitivo. No nos ata a los hispanoamericanos la circunstancia de movernos en medios con vecindad geográfica [...] No nos une tampoco un sustrato aborígen continuo, pues en el mundo precolombino tan diferente de un tolteca era un tupí-guaraní como pudo serlo un griego de un celta. Los mismos negros llevados a Africa, pese a la uniformidad de la piel, correspondían a comunidades en extremo diferenciados. El español en cambio, representaba una Historia con ensambles uniformes de cultura”. (pág. 308).

La universalidad es decantada en lo regional y de allí su unión, referencia y amalgama que permite definir a *Patria arriba* como un canto a lo regional en su confluencia con lo universal. Un canto a América en conjunción con España desde donde se instituye la tesis de Briceño Irigorrry de partir en el tratamiento histórico desde la época de la conquista y colonización obviando a los aborígenes. Sin negarlos los relega a un plano secundario. Para él: “la universalidad, sin la severidad del continente que la reciba y reelabore, conduce a la dispersión infecunda [...] la

universalidad de los valores humanos puede aposentar realmente en una conciencia determinada sin necesidad de que ésta abjure lo particular que da fuerza a los pueblos, familias e individuos. Sin el apoyo, en cambio, de la pujanza plasmática que transmite ímpetu a los pueblos, a las familias y a los hombres, no medran envergadura a las alas que buscan la finitud de los grandes valores sin tiempo y sin espacio". (pág. 309). Según esta interpretación, será España el agente de mediación entre la cultura universal y la América mestiza por configurar la 'pujanza plasmática', por ser suyos los hombres que llevaron a las Indias la llama de la luz antigua y porque en las universidades españolas se habían albergado Atenas, Roma y Alejandría.

Es por ello que reitera su posición de mirar a España como la cantera de donde extraer los materiales necesarios para luchar por nuestros pueblos. La historia debe mirarse desde allá —origen de la universalidad para nosotros— como él una vez la miró desde su pueblo natal, pero esta vez ha ido historia arriba para llegar primero a la tierra antigua de los padres y posteriormente a los cimientos de la patria venezolana: "al explorar su mundo viejo, busco avivar los sentimientos nuevos que me unen a una Historia que en retrospectiva hazaña hizo suya la propia Historia de la Madre Patria". (pág. 310) La historia está simbolizada como un cauce y el recorrerlo supone un ascenso que hilvanará una trilogía: España, Latinoamérica y Venezuela, la universalidad decantada en tres inmensas regiones que otorgan identidad por igual: "sólo me ha movido el ánimo forzado de pintar la confluencia de los mundos que incidieron sobre el suelo de Venezuela para formar la nueva sociedad nacional. Por la gracia de Dios, en aquel remoto momento se creaba ya para mí el hermoso derecho y el indeclinable deber de sentirme ciudadano de Venezuela y, por lo tanto, ciudadano de América". (pág. 311). 'Ciudadano de América' será todo aquel que se sienta unido por el mismo plasma hispánico, el que una el extremo del hilo ancestral con

la historia presente sin fracturas ideológicas como lo pretenden algunos 'críticos' al presentar dos historias y un tiempo dislocado y fracturado: "los enemigos de la revolución española, redujeron, en cambio, la Historia de Venezuela y la Historia de América a un proceso artificial de rebeldía con data apenas de 1810". (pág. 310).

Patria arriba comienza la evocación desde un cementerio como campo de valor, tierra sagrada, punto de encuentro y reflexión, lugar de la voz: "Sobre la tierra donde se confunden con el limo primitivo los huesos de los mayores, adquiere dimensión solemne el concepto de la Patria, por donde faltar a sus deberes es tanto como traicionar la sombra de los muertos que antecedieron nuestra presencia en el orden de la historia". (pág. 313). Es la voz del exiliado que busca en la "madre patria" la traslación hacia la patria negada. Traslación hecha desde el campo santo y que en un sentido específico homologa los lugares y borra los límites y particularidades físicas-geográficas al conceptualizar bajo el símbolo del 'ancestro muerto' toda una carga de emotividad y representación que se decanta como reserva moral y punto de partida para ganar aliento. Es irse al ancestro universalizado en España, raíz tanto personal como histórica en el recorrido por autorreconocerse: "En la distancia obligada a que hoy vivo de Caracas, de Trujillo, de Valera, de Maracaibo y de San Lázaro, he tenido que buscar Historia arriba la patria chica que, en medio de la variada y generosa geografía de la Madre Patria, guarda las cenizas de los viejos abuelos que dieron vida a los audaces conquistadores de América de donde proceden las familias europeas que me dieron apellido". (pág. 314).

Insiste Briceño Iragorry en la conceptualización de España como el embrión que gesta la historia americana y la tipificación del conquistador como el timonel que guía la naciente simiente: "El conquistador español representa un tipo singular en el orden de la Historia Universal" [...] "En nuestra América hay

una jerarquía terrígena que arranca de los hombres que hicieron la Conquista”. (pág. 314) Fundado sobre esta razón juzga los falsos patriotismos que dirigen su ataque hacia la ‘historia antigua’ y critican el vientre que engendró una criatura llamada América. Patriotismos que en ataque ciego a la heredad cultural permiten que opere una especie de juego de sustitutos —que es constante en la historia latinoamericana— y surja del desplazamiento de los signos heráldicos por los signos del imperialismo: “En nombre de un falso patriotismo, o más bien de una chabacana patriotería, se dio en negar y en atacar nuestras propias raíces hispánicas y se hizo doctrina de progreso todo lo que condujese al reniego de los signos donde pudo haber alcanzado firmeza la fecunda tradición de nuestro pueblo. Fácil resultó a los abanderados del progreso entreguista demoler portales donde aún lucían severas heráldicas coloniales, para adecuar el nuevo orden arquitectónico a la propaganda de la ‘Coca-Cola’ y de los ‘Studebaker’” (pág. 315). Como “liturgia de la negación” califica Briceño Irigorry este juego de sustitutos que opera en el desplazamiento de la historia antigua y vértebra para el autorreconocimiento de los pueblos como tales y propone al “pueblo histórico” como el escenario que encierra la confluencia del mestizaje, la ciudad originaria que simboliza la implementación de la universalidad en América y desde donde se empieza a contar una historia. ‘Pueblo histórico’ se constituirá en una instancia cósmica que encierra el pueblo originario que instauran los europeos en América y representa la prolongación de su origen: “la tierra que ahora ocupaban —una tierra real, con ríos y llanuras, lagos y volcanes— debía ser una prolongación de la tierra que dejaron el día que se embarcaron en los navíos”. (2) A esta tierra-prolongación de los españoles es donde Briceño Irigorry quiere llegar a buscar sus raíces, es el punto de encuentro con la historia propia y a la cual llega luego de un viaje en ascenso y mediante una simbología del agua que le confiere la imagen de navegante y tal como lo fueron los ancestros europeos. Es retomar los caminos originarios para llegar a la especie de un destino paraíso y allí buscar las fuentes

que nutran o identifiquen al yo-navegante a través de la historia: “Subir hasta ellos en el orden de la investigación genealógica, es tanto como asomarnos en función personal a las viejas ventanas a través de las cuales la alegre Europa renacentista avizoró el porvenir de América [...] Más fácil me es subir hasta los Conquistadores que llegar individualmente al tronco indígena o a la raíz esclava de mi estirpe”. (pág. 319)

Este desandar por la “selva de los apellidos coloniales”, es moverse en medio de la palabra y la heráldica para encontrar la identidad, el reconocimiento a través de la nominación y acrecentar un compromiso con la historia nacional a partir de la convivencia entre el ser presente y su tributo al ancestro conquistador. Mediante una sucesión —apropiación por derecho hereditario— de patrias se intenta conectar lo universal o lo regional e interpretarlos en el buscarse “historia arriba”, la tradición y la patria nueva que vendrá. Es regresar con Sancho Briceño a la América donde se renueva la historia de España, es el paraíso que se abre a partir de la historia antigua contenida no en las piedras sino en los pueblos y camposantos como recintos que guardan la memoria colectiva de los ancestros, por ello se acerca a la tumba de sus muertos para hacer esta evocación y recorrer a través del recuerdo los velos de la memoria: “Más que rito de doméstico alcance, para mí es liturgia con la cual rindo homenaje de respeto al pasado de mi pueblo. Con los míos, siento que honro a los difuntos sin nombre que fabricaron la nación antigua”. (pág. 348). El camposanto será el espacio de la evocación, el escenario del ritual que convoca el recuerdo y la memoria como artífices de la escritura y posibilidades de concreción del pensamiento como símbolo edificante ante la lejanía de la patria. “Ha caminado” por el mundo del ayer en referencia del reconstruir la historia de Sancho Briceño que es la misma suya, ha traído al presente la memoria de los Briceños para suplir una carencia y mirarse en el espejo de su historia particular para ser un hombre con memoria, un hombre con escritura: “Los hombres sin memoria

son como seres evadidos del mundo de la responsabilidad. Los pueblos sin historia funcional son, también como comunidad desprovista de memoria. Tener memoria es un anticipo de tener voluntad. La memoria y la voluntad son como los polos que fijan el movimiento de la conciencia humana". (pág. 359). La memoria será el recurso estructurante del texto que se orienta en dos sentidos fundamentales: los hombres y los pueblos y se puntualiza en dos figuras específicas: Sancho Briceño y Villa de Arévalo. Aquí están simbolizadas las categorías sugeridas en *Patria Arriba* y a las cuales recurre Briceño Iragorry para puntualizar con una autobiografía encubierta el honor y gloria de su apellido. Con el ancestro conquistador hace todo un periplo retrospectivo por el ser y la ciudad originarios para reconocerse por medio de la nominación y justificar a través de la heredad heráldica su posición en el presente. Ascende como un navegante por los cauces de historia patria en un viaje también retrospectivo —de América a España— a descubrir el secreto de su estirpe y a alentar la vida a partir de tanta bienaventuranza y honra. Es una metaforización del plantío en tierras americanas de la semilla española, de la regionalización de la universalidad que representó España para América decantada en un apellido que permite trasponer, a través de la escritura y en la conjunción de un referente histórico con lo autobiográfico, un tiempo presente hasta un pasado inmemorial y glorioso.

Tiempo y escritura, memoria y evocación, construyen un texto basado en el otro yo autobiográfico arrancado desde las entrañas de la historia antigua como en la patria chica de los abuelos (Villa de Arévalo, España) que a su vez es su patria grande —imagen y reflejo— y que le permita encontrarse con su patria chica (Trujillo, Venezuela). La historia comienza a apellidarse, a nominarse a partir de los apellidos, la historia se escribe y particulariza en la evolución de la familia Briceño. Ya no es una historia colectiva y hueca la que intentará explicar, sino una historia que parte de la individualidad del apellido, de

la nominación individual del ser que permite a lo contado cargarse de la anécdota particular, de identificación personal: “La narración no pretende, como la información, comunicar el puro en-sí de lo acaecido, sino que lo encarna en la vida del relator, para proporcionar a quienes escuchan lo acaecido como experiencia. Así en lo narrado queda el signo del narrador, como la huella de la mano del alfarero sobre la arcilla”(3) . En este sentido el discurso en el texto se orienta hacia un actante esencial: Sancho Briceño, el ancestro que depara el orgullo, asume la categorización de héroe épico que navega a América envuelto en atmósfera de encanto y admiración. Sancho Briceño representa la génesis de su nominación a través del apellido y los signos heráldicos que lo identifican, es la cantera originaria de nobleza, hidalguía y fortaleza que debe acompañar a los portadores del elemento nominativo que homologa a los seres a través del apellido Briceño. Sancho Briceño ha sufrido la metamorfosis común del conquistador europeo que llega a estas tierras con la misión específica de representar a su rey y termina siendo “voz” de la tierra americana que hace suya por un derecho de fuerza en primera instancia y luego por ser el espacio donde crece su descendencia: “Ellos comienzan a sentirse la voz de la tierra que remarca con su signo diferencial la voluntad ya declinante de quienes vinieron a sojuzgarla para beneficio del poder lejano de los Reyes”. (pág. 323).

La aparición de Sancho Briceño en *Patria arriba* nos sugiere una intención muy específica de Briceño Irigorry que va más allá de una simple inclusión para recrear un pasaje histórico, sino más bien, para encubrir dentro del relato su intencionalidad de una autobiografía fundamentada en la ética y el honor que representa su apellido, especie de símbolo heráldico que le sirve para autorreconocerse, sentirse partícipe de esa epicidad que representa el ancestro a partir de un reconocimiento a través de símbolos. Sancho Briceño es un viajero que lleva en este texto una misión trascendente para el yo de la enunciación: “El viajero, pese a la trascendencia de su

misión, no mide hasta dónde apuntará mañana su recuerdo". (pág. 329), esta trascendencia reposa en las glorias acumuladas por el apellido Briceño y el personaje que sirve de símbolo para destacar la carga de significación que tiene tal denominación. Porque el aparte que dedica Briceño Iragorry a Sancho Briceño es una configuración de historia y ficción fundamentada en la reconstrucción del viaje de Sancho Briceño a España y de allí contar una historia que es suya a través del ejemplo encarnado por el ancestro heroico. Sancho Briceño y el yo de la enunciación son el mismo al coincidir en la búsqueda de los orígenes, ambos son caminantes de un mismo sendero: "Toda esta altivez y todo este prestigio tiene ancho cauce en la tradición familiar de los Briceños. El bien lo sabía cuando partió al Nuevo Mundo en pos de fortuna y de aventuras; ahora buscará en las viejas memorias y en los archivos familiares datos ciertos que le permitan levantar probanza del mérito de sus antepasados". (pág. 331) La búsqueda de Sancho Briceño es la misma de Briceño Iragorry, por lo cual, sus destinos están cruzados en el mérito de los antepasados y la pertenencia a dos patrias: España y América, una la originaria, otra la de la traslación. Pertenecer a la estirpe de los Briceños es ocupar por heredad el orgullo que representa la familia y apropiarse de todos los símbolos que retribuyen en grandeza, honor e hidalguía. Asociarse por un derecho natural a la familia del conquistador es compartir las "herraduras heráldicas" que identifican y particularizan bajo una concepción fundamentada en el bien y la justicia. Es navegar junto a Sancho Briceño en su viaje de regreso a España cargado de gloria y recorrer con él la Villa de Arévalo como el centro de la familia y el receptáculo de los símbolos originarios que de regreso a América representarán la voz antigua de la tierra.

Sancho Briceño se transfigura en memoria, fuente de historia y referencia que al invocarla permite recorrer caminos andados, reconstruir historias detenidas en el tiempo y esgrimir bastiones de proyección futura que ameriten la presencia de la patria antigua, de patria mayor como emblema. El relato

de Sancho Briceño es entrar en una ensoñación profunda que toma como artificio el discurso reflexivo y edificante, es la pose épica de un caballero puente e hipertelia entre España y América, Villa de Arévalo y Trujillo: "Pero más a la medida de la distancia geográfica y de mis afectos personales tengo al pueblo de los Briceños. En Arévalo me sentiré hoy, una vez más, como en tierra propia, como en hogar viejo, cual si regresara al caserón solariego, donde apergaminada gente repitiese aún las palabras descoloridas que ayer tuvieron en labios de mis mayores". (pág. 351). El impedimento material de regresar a la patria lo lleva a articular a través de Sancho Briceño un periplo por su historia particular para autorreconocerse y encontrar su identidad en el reflejo de los ancestros europeos representados por la estirpe del conquistador que fue "semilla de evangelio". A la carencia de patria chica le antepone la presencia de la patria originaria, donde retumba la voz de Sancho Briceño y evoca recuerdos donde se escucha el eco de punto edificante en una patria negada y condenada a la desmemoria y el olvido de sus raíces y particularidades. Evocar a Sancho Briceño y hacerlo presente a través del acto escritural es procesar la historia desde la perspectiva de la singularidad y del ser interior que busca la sonoridad de los hechos épicos y la armonía del lenguaje como puntos de reflexión y eco para sí mismo y las voces que vendrán. Es un aviso a los navegantes sobre la perspectiva histórica que aguarda detrás de sí como axis fundamental en la comprensión de las ideas americanas y su consiguiente fortalecimiento ante el paso del tiempo y el acecho de los nuevos conquistadores sin estirpe ni hidalguía.

NOTAS

1. Todas citas corresponden a: Mario Briceño Iragorry: *Patria arriba. Obras completas*. Vol. 8. Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1990.
2. José Luis Romero: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, Siglo Veintiuno Editores. 1970, pág. 65.
3. Walter Benjamín. *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas. Monte Avila Editores, 1970, pág. 92.



Actual 180